

POR QUÉ SOMOS KARDECIANOS

AUTOR: PEDRO ÁLVAREZ Y GASCA

Durante el desarrollo de la Primera Conferencia Regional de CEPA (Confederación Espírita Pan Americana), en México, se planteó la siguiente interrogación: ¿Deben los espiritistas kardecianos concretarse al estudio exclusivo de las obras del Maestro Kardec?

La respuesta fue obvia e inmediata. Los espiritistas kardecianos no deben concretarse al estudio y conocimiento de la obra del ilustre codificador de las doctrinas filosóficas y morales del Espiritismo moderno, si bien su conocimiento es básico e indispensable, y debe tener siempre el primer lugar.

Las limitaciones de tiempo y la urgencia de realizar los trabajos programados impidieron, por el momento, realizar un comentario más amplio. Considerando, sin embargo, que la interrogante propuesta encierra cuestiones de interés vital para todos los espiritistas, dedicamos estas líneas a una ampliación del tema que nos permita aclarar debidamente los conceptos.

Concretándose al estudio exclusivo de las doctrinas kardecianas, el espiritista no podría apreciarlas debidamente, pues le faltaría punto de comparación. Tampoco podría comprender qué lugar ocupan esas doctrinas en el panorama de los conocimientos humanos. Por otra parte, no conocería los argumentos de los enemigos actuales —Kardec refuta sólidamente a los de su época—, que tratan de contradecir esas doctrinas, desvirtuarlas o restarles importancia, y algunos de los cuales se encuentran emboscados en las mismas filas espíritas.

La lógica más elemental, sin embargo, nos dice que el estudio debe empezar por la propia doctrina, y que solo cuando ese conocimiento ha llegado a ser suficientemente sólido, deben emprenderse otros estudios que, en rigor, son complementarios de la educación espírita.

Los estudios sobre el espíritu, su vida y actuación en el Universo, son aún incipientes. Se encuentran en estado embrionario para nosotros los humanos, y también para los espíritus de los planos que comúnmente se relacionan con nosotros. Tales estudios se prestan mucho a dejar volar la imaginación —humana o espiritual— y de esto están llenas muchas teorías pseudofilosóficas que carecen del método y del sistema que debemos exclusivamente a Kardec. En consecuencia, si un adepto estudia esas teorías antes de tener un sólido fundamento para sus propias doctrinas, fácilmente puede ser deslumbrado por bellas fantasías y considerar como verdades muchas cosas que solo son creaciones de la mente humana o de espíritus, también fantasiosos, que quieren pasar por grandes maestros o reveladores excepcionales (“espíritus de falsa instrucción” en la clasificación kardeciana).

Entendemos que la educación espírita abarca tres aspectos esenciales:

- A) Educación intelectual (conocimientos).
- B) Educación técnica (manejo del fenómeno).

C) Educación moral (conducta).

En esta ocasión nos estamos refiriendo únicamente al primero de estos aspectos. Es bastante complejo y puede subdividirse, a su vez, en los siguientes puntos:

- a) Conocimiento sólido de la doctrina kardeciana.
- b) Conocimiento de las obras de carácter científico, filosófico, moral, hechas en torno a la codificación kardeciana (Gabriel Delanne, León Denis, Deolindo Amorím, etc.)
- c) Obras de investigación científica producidas por hombres de ciencia en diversas partes del mundo (mencionaremos solo algunos a modo de ejemplo; Estados Unidos: Robert Hare; Inglaterra: William Crookes, Oliver Lodge, Alfred Russell Wallace; Francia: Camille Flammarion, Paul Gibier, Charles Richet; Alemania: Carl Du Prel, Schrenk-Notzing, Zollner; Italia: Cesare Lombroso, Ernesto Bozzano; Suiza: Flournoy; Rusia: Alexandre Aksakoff, Alexandr Butlerov.)
- d) Obras de tema espiritista escritas por autores no espíritas.
- e) Obras que atacan al Espiritismo desde diversos puntos de vista.
- f) Escuelas afines o semejantes al Espiritismo.
- e) Cultura General (Ciencia, Filosofía, Arte, etc.).

El esquema que aquí presentamos no pretende ser un programa completo ni exhaustivo, pero basta para dar una idea de la extensión que requeriría. Nuestra insistencia en el estudio serio y profundo de la obra kardeciana, quizás haya dado lugar a que se piense que pretendemos erigirla en tema único de estudio y meditación del adepto espírita; nada más erróneo, pero tal insistencia se origina en dos razones principales:

1. — El programa cuyo esquema esbozamos arriba dependería, para su feliz realización, de la solidez de los conocimientos fundamentales, porque un conocimiento superficial e incompleto sería absorbido por otros, y el adepto no contaría con esa plataforma firme, situado en la cual, pueda con seguridad contemplar todos los aspectos del conocimiento, analizar, juzgar y comparar.

2.— Gran número de espiritistas, y aún de Centros Espíritas, carecen de un verdadero y adecuado conocimiento de esas obras que constituyen el fundamento de la doctrina, conocimiento indispensable y debe preceder a otro estudio de carácter espírita y, sobre todo, al estudio de teorías ajenas o contrarias al Espiritismo.

Analizando la obra de los autores espíritas antes mencionados, veremos que cada uno estudia determinados aspectos del Espiritismo; sólo Kardec estudia los principios generales en un panorama completo de sus doctrinas filosóficas, morales, y aun científicas (*La Génesis*). La obra kardeciana, por su amplia visión, por la magnífica sencillez con que está expuesta que la hace asequible a todas las mentalidades, por el método exclusivamente kardeciano, que permite separar el grano de la paja en campo tan extenso y complejo como el de las relaciones

humano-espirituales, constituye la base más sólida para poder penetrar en ámbitos de ideas semejantes o contrarias sin peligro de extraviarnos en el inmenso dédalo de teorías que pretenden aclarar la Verdad del Espíritu. Sólo una preparación fundamental y sólida podrá dotar a nuestro intelecto de instrumentos (conocimientos, argumentos), apropiados que le permitan realizar una sabia disección de toda proposición, hacer estudios comparativos, aprovechar lo útil y desechar lo superfluo.

Debemos tomar en cuenta que todo lo relacionado con el espíritu —su vida, su actuación en el Universo, su porvenir— se presta mucho para excitar la imaginación. El trabajo de la imaginación es más atractivo y menos fatigoso que la seria investigación de la verdad.

Muchos espiritistas rechazan la palabra “doctrina” porque relacionan este término exclusivamente con ideas religiosas. La palabra “doctrina” viene del verbo latino *docere*, enseñar, y significa enseñanza. Existen doctrinas científicas como las de Darwin, filosóficas como las de Kant, morales como el Evangelio; políticas como las de Monroe, sociales como las de Marx, etc... No sentimos preferencia por este término, pero lo usamos por su claridad, pues en muchos casos la palabra enseñanza no se ajusta al concepto “doctrina”.

La fantasía representa un peligro constante en el mediumnismo y fuera de él, que el investigador serio no debe olvidar. Aquellos que se sienten inclinados a dejarse llevar por ella, tienen la necesidad de apartarse del severo método kardeciano y tratan, casi siempre, de desprestigiarlo. Pero la piedra de toque de la auténtica revelación: universalidad del testimonio espiritual elevado, nos fue proporcionada por el método kardeciano.

El espiritista adecuadamente preparado, debe y puede investigar toda clase de teorías. A través de ellas se dará cuenta de la calidad y universalidad del Espiritismo. Una cultura general, de tendencia universalista, le permitirá situar al Espiritismo correctamente en el panorama de los conocimientos humanos. El Espiritismo como ciencia se enlaza, naturalmente, con todas las ciencias, aun cuando su objeto parezca ser, a primera vista, diferente, y aun opuesto al de éstas. No existen ciencias autónomas, únicas, aisladas. Se piensa generalmente que la Ciencia del Espíritu, por su propia índole, tiene que ser la antítesis de la Ciencia material. En realidad ambas se complementan y se continúan. La dualidad Espíritu-Materia conforma el Universo, y aun, en el Libro de los Espíritus, encontramos indicio de un monismo universal en el sentido de que materia y espíritu son dos estados de un mismo principio original. La unión íntima y necesaria de estos dos elementos —o estados— se manifiesta admirablemente en el Ser Humano. Tal unión tiene por objeto el progreso del espíritu y también la evolución de la materia en su camino hacia el Espíritu.

Se considera que materia y espíritu son antagónicos, enemigos irreconciliables. El espíritu no lucha contra la materia, sino contra los principios enfermizos y los instintos primitivos de la animalidad. Es decir, que el espíritu se libera de estados primitivos, de la unión con la materia densa, para ascender a estados altamente evolucionados y a planos de materia sutil en los que nosotros, los humanos, no encontraríamos diferencia esencial estructural entre materia y espíritu, manifestándose ambos con deslumbrante belleza.

Por tanto, la Ciencia de la Materia y la Ciencia del Espíritu son dos aspectos de un mismo conocimiento universal. Analizando estos aspectos comprendemos por qué a través de las páginas kardecianas se revela, como una constante preocupación de Kardec, el fijar en la mente de los adeptos que el Espiritismo como Ciencia y Filosofía, y aun como Moral, es una idea viva en constante evolución.

Se piensa generalmente que la obra kardeciana, estableciendo verdades incontrovertibles como la existencia de Dios y del Espíritu; supervivencia con reencarnación, leyes morales, etc., no puede ni debe evolucionar. En el criterio estrecho de algunas personas, la evolución puede darse como rectificación de un error. Pero la evolución es más bien crecimiento natural y constante del ser o de la idea. Allan Kardec mismo hace notar que las principales verdades del Espiritismo han sido conocimientos desde tiempos muy antiguos. Pero un estudio comparativo mostrará fácilmente como estas ideas han evolucionado, se han ampliado y aclarado, trayendo una mejor comprensión de la Verdad. No es, pues, la Verdad la que evoluciona, sino el conocimiento que tenemos de la Verdad. Mas la Verdad, siendo infinita, jamás será poseída totalmente ni por el hombre ni por el espíritu. La búsqueda y posesión progresiva de la Verdad constituye una de las bellezas más grandes de la eternidad.

Todo sistema basado en la Verdad, evoluciona al evolucionar el conocimiento de ésta, pero no se destruye. Solamente puede ser destruido un sistema cuando se apoya en un error fundamental. Tal ocurrió, por ejemplo, con el sistema ptolemaico del Universo, basado en el error fundamental de considerar a la Tierra como centro, no sólo del Sistema Solar, sino del Cosmos. Al evolucionar el conocimiento de éste, el sistema perdió sus características ptolemaicas para convertirse en copernicano. Y aun así, debemos reconocer que el sistema, más que destruirse, se transformó, puesto que contenía muchas verdades que fueron aprovechadas por los sucesores de Ptolomeo y han llegado hasta nosotros. Pero el sistema se desorganizó, perdió su peculiar manera de ser porque desapareció la idea fundamental en que se sustentaba: el geocentrismo. Si tal sucediese con el sistema kardeciano, éste sufriría el mismo proceso: desorganización, desaparición de la idea o ideas fundamentales y reagrupación de las restantes en un nuevo sistema bajo otra denominación. Hoy por hoy, no se puede hablar seriamente de semejante posibilidad. Resulta evidente que la Nueva Revelación ha tomado en cuenta a la Ciencia. Kardec, dada su preparación científica, planteó muchas interrogaciones de esta especie a los espíritus. Y los avances gigantescos de la ciencia actual no solo no están en desacuerdo con las aserciones de los espíritus, sino que las están confirmando como lo hicimos notar en una serie de pláticas sustentadas en el Instituto Mexicano de Cultura Espírita Kardeciana, sobre el origen de los seres vivos, el origen de los mundos y la pluralidad de los mundos habitados. Es así que los principios kardecianos se apoyan firmemente, unos sobre la razón filosófica, que cada vez se apoya más sólidamente en la Ciencia, y otros directamente en ésta.

Constituida de esta manera, la obra kardeciana nos aparece como una estructura sólida, capaz de ofrecer buen soporte al conocimiento de la vida universal: origen, evolución y destino del Espíritu; origen, evolución y destino del Universo. Obra tan gigantesca no podía ser construida en el efímero momento de una vida humana. La importancia de la obra kardeciana radica, esencialmente, en una visión interna que la anima; que parece comprender que la obra

de la Ciencia no puede jamás decir la última palabra porque es infinita, pero que ve con claridad cuáles son los puntos claves, las ideas fundamentales que han de estructurar el conocimiento del Espíritu. Esta visión, grande en amplitud y profundidad, permite a Kardec construir un edificio que, si bien es completo en sí mismo, posee elementos vitales que le capacitan para un crecimiento sin límites.

Ciertamente la esencia de la obra kardeciana constituye una revelación. Estaba en manos del depositario de esa revelación darle un carácter religioso-dogmático. La grandeza de Kardec estriba en no haberla recibido de rodillas; en no permitir la venda del fanatismo; en erguirse frente a ella con los ojos bien abiertos, el pensamiento claro e inquisitivo. Kardec se atrevió a considerar la revelación como algo que se puede investigar, analizar y discutir. Comprendió que la revelación de una época que había sido sacudida por el pensamiento de Voltaire, Hugo y la Enciclopedia de Hegel y Schopenhauer, por las teorías evolucionistas de Lamarck y por el Manifiesto Comunista de Marx, no debía tener las características de las de Moisés, Zoroastro o Krishna. Su actitud personal tampoco podía ser la misma. Los espíritus fueron para él, según propia expresión, “documentos de estudio y no reveladores predestinados”. Inventó el método que permitiría comprobar la revelación por el testimonio universal de fuentes espirituales superiores. Se atrevió a separar el buen grano del malo y a quemar la paja. Resultado de esta actitud sabia y serena fue una revelación desprovista de fanatismo, portadora de luces capaces de iluminar la inteligencia humana, olvidada por las religiones, al mismo tiempo que de alimentar el espíritu, negado por la Ciencia, y satisfacer las exigencias de la Razón.

Pretendidos maestros, posteriores a Kardec, con la idea de establecer nuevos sistemas y escuelas, pero faltos de esa preparación intelecto-espiritual, y, por tanto, de esa serena visión y madurez de juicio, han aceptado revelaciones de toda especie, sin someterlas a una crítica eficiente y depuradora, y ello ha dado por resultado la aparición de escuelas pseudofilosóficas que pretenden desacreditar la obra kardeciana y en las que, al lado de las grandes verdades establecidas por ésta, se encuentran errores y absurdos de todo género.

Desde el primer momento, Kardec comprendió que, para sobrevivir, el Espiritismo debería apoyarse sólidamente en la Ciencia, y como tal lo define. Ciertamente que la comprobación científica del fenómeno no fue obra suya; él sabía que tal comprobación era absolutamente indispensable y le pareció el único y verdadero camino a seguir. Pero las circunstancias cambiaron de tal manera, que él se vio llevado, empujado, por la senda de la investigación filosófica, al abrirse ante él un nuevo e ilimitado campo constituido por la vida del espíritu; con ello se avanzó extraordinariamente en la integración de la parte más trascendente de la nueva Ciencia. Si Kardec hubiese seguido el primer camino, nos hubiera legado una obra muy apreciable, sin duda, en razón de las agudas dotes que poseía, pero nunca con la autoridad de un Crookes, de un Lodge o de un Richet. En cambio, no se hubiera producido esa obra admirable que ha permitido utilizar en forma racional y hasta científica la vía más delicada y difícil del conocimiento: la revelación. Y si, existiendo esa obra esclarecedora y orientadora, se admite tan fácilmente lo absurdo, lo ilógico y lo irracional ¿qué sucedería sin ella? El espíritu humano ama lo fantástico, lo maravilloso, y se deja fascinar fácilmente hasta el grado de nublar

su razón. En este sentido la obra kardeciana admite paralelos con la cartesiana: establece un método que acaba con la anarquía empírica y personalista.

La revelación, racionalmente aceptada y utilizada, abrevia enormemente el camino del conocimiento. Por la vía de la experimentación, aún no sería posible escribir El Libro de los Espíritus. La experimentación científica ha obtenido logros de trascendental importancia para la Humanidad: las pruebas objetivas de la existencia del espíritu, de la supervivencia y de la intercomunicación humano-espiritual. Pero no ha ido más allá. Es El Libro de los Espíritus el que abre la puerta al conocimiento de la compleja vida espiritual, y sus enseñanzas están siendo comprobadas diariamente por el método kardeciano. Por otra parte, las aseveraciones propiamente científicas que el libro contiene: origen de la vida, origen de los seres orgánicos, pluralidad de mundos habitados y otras; están siendo comprobadas por la Ciencia actual.

El Espiritismo se apoya sólidamente en la Ciencia, aun en puntos hasta hoy considerados totalmente fuera del ámbito de ésta. Y si bien, la obra kardeciana constituye una revelación, ella es la revelación de los tiempos nuevos; no una revelación misteriosa, inaccesible a las mayorías o destinada a ser guardada en el interior de los santuarios, sino una revelación hecha a plena luz del día y en el seno de los grandes conjuntos humanos, revelación que no es sino una enseñanza acorde con los tiempos en que ha sido transmitida, acorde, en una palabra, con la Razón y con la Ciencia. Revelación o enseñanza que se adelanta, en muchos casos a los conocimientos humanos, pero desde el momento de su aparición ha empezado a ser comprobada por éstos. En el seno de la Ciencia ello ocurre con frecuencia: las teorías geológicas de Hutton comprobadas más tarde por Playfare y Smith; las de Lammarck, ampliadas y comprobadas por Darwin, Russel Wallace y otros, y las einsteinianas en muchos de cuyos aspectos se trabaja todavía.

Se dirá que en estos casos se trata de la Ciencia comprobando teorías científicas y no una revelación. Pero, ¿qué es la revelación sino la manifestación de la Ciencia del Espíritu? La Ciencia humana y la Ciencia espiritual no son sino dos aspectos del conocimiento universal, se complementan y se comprueban mutuamente. La auténtica Revelación no es sino una enseñanza que recibimos sobre la realidad que ignoramos. Los modestos conocimientos de un modesto profesor de primaria constituyen una auténtica revelación para el niño, que asombrado los escucha.

La Revelación, como fuente de conocimiento para la Humanidad, ha existido en todos los tiempos. La calidad de la Revelación depende de la sabiduría y elevación de la fuente de origen. Por ello es que ha habido revelaciones de toda índole, falsas y verdaderas, y en mayor abundancia las falsas en que la Verdad se mezcla con grandes errores y absurdos, a los que se añaden los de la ignorancia, el fanatismo y los intereses humanos que trabajan, aun sobre las revelaciones auténticas desvirtuándolas y obscureciéndolas. Es exclusivamente el método kardeciano el que ha logrado arrojar viva luz sobre hechos tan complejos y difíciles de manejar y analizar.

La Revelación kardeciana ofrece características indudables de una revelación general acordada, organizada y dirigida por el Alto Mando Espiritual. Desde la invasión del mundo

humano iniciada por los espíritus en Hydesville, hasta la entrada de los fenómenos en los laboratorios científicos, y la conversión misma del maestro Kardec, todo lleva el sello de una acción invisible, de una dirección oculta pero inteligente y tenaz que persigue un fin perfectamente definido. La concordancia universal de las respuestas de los espíritus comprueba que el Alto Mundo Espiritual se había puesto de acuerdo sobre el contenido y la forma de la Nueva Revelación.

Esta revelación adquiere, desde luego, múltiples aspectos, y la codificación kardeciana representa hasta hoy, su expresión más completa y trascendente, gracias a la certera visión del maestro sobre lo que era, valía y significaba esa revelación para el mundo actual, y que le llevó a adoptar una actitud excepcional en tres aspectos esenciales:

1º. — Trascender el aspecto fenoménico para llevarlo a sus grandes consecuencias filosóficas y morales.

2º. — Depurar las enseñanzas recibidas, por el testimonio universal del Mundo Elevado y por el consenso de la razón.

3º. — Sacrificio de su propia personalidad para no alterar o desvirtuar el mensaje espiritual así autenticado.

El hombre, para asegurar su existencia, tiene necesidad de realizar constantes investigaciones. La investigación viene a ser como una condición necesaria de su existencia. Esta investigación se realiza en tres ámbitos principales: el Ser Humano, el Mundo en que vive y el Universo que le rodea. Basta una ojeada a El Libro de los Espíritus para notar, inmediatamente, que la investigación kardeciana se desarrolla en estos tres ámbitos, solo que desde el punto de vista del Espíritu. La Ciencia de la materia busca descubrir la estructura de las cosas, sorprender su funcionamiento y deducir las leyes que rigen ese funcionamiento. La Ciencia del Espíritu se apoya en la fenomenología pero se eleva sobre ella. Por encima de las causas físicas descubre la causalidad espiritual y encuentra que existe una íntima e invisible relación entre el fenómeno físico y el moral. La enseñanza contenida en la Nueva Revelación nos muestra al ser humano como espíritu encarnado y las encarnaciones como etapas primordiales de la evolución indefinida. Y si las escuelas espiritualistas más antiguas han enseñado la existencia del espíritu, es solo el Espiritismo el que ha aportado la prueba experimental, palpable y objetiva. De hoy en adelante, la realidad espiritual no será solo una intuición, un presentimiento, una sospecha más o menos fundada. El hombre ha tenido, por milenios, esta idea vaga e indefinida, y ella no ha sido suficiente para encaminarlo definitivamente hacia la verdadera vida del Espíritu. Será solamente la verdad comprobada y objetivada —hecha realidad ante sus ojos—, la que logrará, finalmente, cambiar su actitud ante la vida haciéndole comprenderse y sentirse más espíritu que hombre. Solo entonces dejará el ser humano los viejos caminos que le llevan tras engañosas ilusiones, y dará mayor importancia a los intereses y valores del Espíritu que a los de la Materia.

El Espiritismo presenta al mundo que habitamos como el escenario de manifestación del espíritu encarnado. Para su evolución, el espíritu necesita unirse a la materia, y es la vida en los

horizontes inclementes de un mundo primitivo, la que ofrece la oportunidad para el desarrollo de preciosas facultades en germen. Y el Universo es la herencia divina del ser inteligente, donde realiza su ascensión continua a planos y mundos en escala de indefinida perfección.

Los principios kardecianos que expresan la enseñanza espiritual respecto a estos ámbitos han sido sintetizados, en su aspecto más trascendente, en los siguientes postulados:

1. — Existencia de Dios y evidencia de su pensamiento en el Plan del Universo.
2. — Existencia del Espíritu y demostración de su inmortalidad mediante los hechos mediúmnicos.
3. — Felicidad o sufrimiento como consecuencia moral de los actos humanos.
4. — Pluralidad de existencias del Espíritu por la Ley Palingenésica.
5. — Pluralidad de mundos habitados en todo el Universo.
6. — Progreso indefinido del Espíritu.
7. — Comunión y solidaridad entre todos los seres.
8. — Evolución constante de los reinos de la Naturaleza.
9. — Infinidad de fases espirituales en la vida permanente del Ser.
10. — Comunicación mediúmnica y espiritual entre los mundos visibles e invisibles.

Aceptado que la Evolución es la Ley Universal y que el Espiritismo ha hecho de esta Ley la idea directriz en todas sus concepciones, podemos preguntarnos: ¿Hacia dónde evolucionarán estos principios? ¿Será su evolución de tal naturaleza que desaparezcan para ser reemplazados por otros, o, por lo menos pierdan sus características típicamente kardecianas?

Si examinamos los principios kardecianos mencionados, en relación con las tendencias del pensamiento espiritista actual, no encontramos algo verdaderamente serio que autorice a pensar en semejante transformación. Se obtendrán más datos, los horizontes del conocimiento se ampliarán más cada vez, pero en lo que hasta hoy alcanzamos no se avizora cambio en los auténticos principios kardecianos. Y cuando los nuevos descubrimientos, lejos de cambiar los principios, vienen a confirmarlos cada vez con mayor evidencia, este hecho en sí mismo, es ya un indicio de que esos principios se asientan sobre la Verdad, que es la misma para todos los tiempos, para todos los lugares y para todos los seres. No es la Verdad la que evoluciona, sino nuestro conocimiento acerca de la Verdad.

Los aspectos fundamentales de la obra kardeciana son tres:

1. — **Científico.** (*La Génesis, los milagros y las profesías según el Espiritismo; El Libro de los Médiums.*)
2. — **Filosófico.** (*El Libro de los Espíritus; ¿Qué es el Espiritismo?*)

3. — **Moral.** (*El Cielo y el Infierno o la Justicia Divina según el Espiritismo; El Evangelio según el Espiritismo*).

Las demás obras complementan uno u otro de estos aspectos.

El Libro de los Espíritus constituye sin duda la base de la Filosofía Espiritista. Encierra los conceptos y definiciones dadas por los espíritus sobre Dios, el Universo, el Espíritu y la Materia, así como preciosas enseñanzas que por primera vez recorren el velo que por tantos milenios ocultó al hombre el verdadero estado del espíritu en la vida del más allá, sus relaciones con el Mundo Humano, completando todo con el estudio de las grandes Leyes Morales que rigen la vida del espíritu en el Universo. Considerando que *El Libro de los Espíritus* es un producto de la Ciencia Espiritual, se nos ha preguntado alguna vez si ese libro es algo así como la Suma Universal del Conocimiento, donde el hombre pueda encontrar la Verdad Absoluta sobre todas las cosas. Siempre hemos contestado que el Libro no es nada de esto; en primer lugar porque siendo indefinida la problemática del conocimiento, jamás podrá haber contestación absoluta a ella; en segundo, porque siendo infinita la Ciencia Universal, jamás habrá libro alguno que la contenga por completo; y en tercero, porque nos ha llegado a través de la Revelación y ésta tiene sus límites impuestos por la Sabiduría divina en relación con el progreso de las Humanidades. El Progreso y la posesión de la Verdad no deben ser dádiva graciosa de Dios, sino conquista individual y colectiva de hombres y humanidades. Deben ser producto de la lucha, de la investigación y del anhelo de poseerlos. La Revelación es, pues, la manifestación del Amor Divino que abrevia el camino del Progreso, pero no puede ser considerada como la única vía para el conocimiento de la Verdad, sino más bien como un estímulo en la lucha por obtenerla. *El Libro de los Espíritus* constituye, pues, una lección; lección que requiere aprendizaje, estudio, análisis, asimilación, investigación y comprobación. Cuando este trabajo se haya efectuado, cuando menos por las avanzadas del Espíritu sobre la Tierra, es posible que la Revelación sea ampliada por el Mundo Espiritual Elevado, conforme a las necesidades intelectuales y espirituales de la época. Pero una nueva Revelación deberá tener las características de universalidad que la anterior. Mostrará claramente que se ha producido un acuerdo entre los Altos Dirigentes del mundo Tierra, ya no para efectuar la revelación particular de un espíritu — o de un grupo de espíritus —, sino una Revelación General del Mundo Espiritual a la Humanidad. Mientras tanto, las revelaciones particulares que se produzcan, deben ser vistas como opiniones particulares de uno o varios espíritus, y esperar su confirmación mediante el severo método kardeciano que nos permite aprovechar el grano y desechar la paja. Y ello sin hablar del animismo, de la fantasía y el poder fabulatorio de médiums y espíritus, que han dado nacimiento a muchos absurdos, y contra los cuales debemos estar siempre prevenidos.

La certera visión del maestro Kardec le permitió construir una estructura firme que se eleva a través de los tres ámbitos del conocimiento. Ello nos induce a pensar que la evolución del pensamiento kardeciano —ya iniciada por León Denis, Gabriel Delanne y Amalia Domingo Soler, principalmente—, consistirá en la aplicación de sus principios universales para ampliar, profundizar y elevar cada vez más el conocimiento de lo espiritual. Siguiendo este método se podrán obtener nuevas verdades, se descubrirán nuevas leyes que muestren otros aspectos del funcionamiento del mundo Espiritual; se podrán enunciar nuevos postulados, nuevas

conclusiones o nuevos sistemas, inclusive, pero, siempre que sean verdaderos, encontrarán un apoyo, una explicación y un lugar en esa estructura fundamental, en ese esquema universal tan sabiamente trazado. Se penetrará cada vez más en el conocimiento de la vida espacial del espíritu, en sus diversos estados y actividades. Posiblemente aparezcan nuevas modalidades mediúmnicas, los métodos para el desarrollo de facultades paranormales y la observación de los fenómenos se afirmarán y perfeccionarán, pero los principios contenidos en ***El Libro de los Médiums*** sobre la naturaleza de la mediumnidad, su origen y finalidad, difícilmente cambiarán. *El Libro de los Médiums*, quitando todo aspecto misterioso —y aun místico— a la mediumnidad, es en realidad un libro científico que se preocupa especialmente por explicar el mecanismo de los fenómenos que, en su mayor parte, solamente habían sido constatados, pero no explicados, por los pocos hombres de ciencia que hasta entonces los habían observado.

En cuanto a la moral, luminoso coronamiento de todo verdadero saber, el Espiritismo ha dado un paso definitivo al afirmar que la moral no es mandato dictado por Dios a los elegidos en el Sinaí de todos los tiempos, ni tampoco código convencional de origen humano que pretende mejorar el funcionamiento de las sociedades humanas, sino expresión de leyes universales, sabias y eternas, que están actuando constantemente en la vida humana y espiritual con la misma realidad que las leyes físicas que gobiernan el funcionamiento del Universo. Y esta moral, basada en las Leyes de Causa y Efecto, de Justicia y Misericordia, de Evolución y Progreso, encuentra amplia comprobación, por una parte, en la vida cotidiana, por otra parte, en las experiencias mediúmnicas en relación con el estado del espíritu en el más allá, y por otra, en las sabias palabras de Jesús sobre las cuales el Espiritismo arroja viva luz. Expresiones como: “Lo que queráis que los hombres hiciesen con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esta es la Ley y de los Profetas”. “Aquellos que tomaran la espada, a espada morirán”. ¿No se refieren, ciertamente, a la Ley de Causa y Efecto? Negarlo sería cubrir el Sol con un dedo. De esta manera el Espiritismo y el Evangelio se complementan y se explican mutuamente.

Con fundamentos de tal naturaleza, podemos asegurar que ningún cambio —ni cercano ni lejano— se vislumbra por hoy en el delicado campo de la moral espírita, como no sea, al igual que en los demás, la profundización y ampliación del conocimiento de las Leyes y su funcionamiento.

La Génesis es el libro más científico de la colección y, quizás por ello el que pudiera resentir más el paso del tiempo, ya que buena parte de la obra se dedica a la exposición de las teorías científicas entonces imperantes. En otra parte hemos dicho que el Espiritismo se apoya sólidamente en la Ciencia; la observación que aquí hacemos no es una contradicción, puesto que el Espiritismo se apoya en la Ciencia como estructura del conocimiento, como método y vía del conocer, y no en determinadas teorías científicas. Por otra parte, las teorías expuestas en *La Génesis* no están destinadas a fundamentar el Espiritismo, sino que ellas muestran cómo la Ciencia, cuando es auténtica, ilumina y explica las grandes verdades de la Religión —que no pierde por ello, sino que se afirma en la razón y la conciencia—, y cómo el Espiritismo o Ciencia del Espíritu ilumina, amplía y explica las grandes verdades de la Ciencia Material. Y llena su objetivo a maravilla. Por lo tanto, si las teorías científicas allí expuestas se transformaran

completamente, o desaparecieran sustituidas por otras, ello no invalidaría el objetivo del libro, ni siquiera su maciza argumentación didáctica.

Es así como contemplamos la obra kardeciana, cimiento y estructura de un conocimiento que, trascendiendo lo particular y lo temporal, se eleva continuamente hacia lo universal y lo eterno. Cada uno de sus aspectos y cada uno de sus libros merece un estudio especial que no es posible realizar en estas breves páginas. La obra kardeciana es árbol frondoso y fuerte que contiene el germen de innumerables ideas de gran potencialidad vital. Aquellos que sepan cultivar esas preciosas semillas obtendrán óptimos frutos. Pero aquellos que pretendan suspender en sus ramas frutos exóticos no vivificados por la savia del auténtico conocimiento que produce la Verdad, solo verán secarse y morir esos frutos adventicios.

Para escribir *El Libro de los Espíritus* el maestro consultó a través de médiums de diversas partes de Francia, de otros países de Europa y aun de América. Fundamentalmente siguió siempre este método. Esto es lo que confiere autoridad a su obra. Desde entonces, numerosos libros han sido dictados por los espíritus, algunos muy bellos, otros muy profundos, otros ligeros o triviales. Pero, por elevados que ellos sean, ninguno tiene la autoridad que confiere a la obra de Kardec el testimonio universal de los espíritus elevados. Y esta obra, paciente y laboriosa, se llevó a cabo en una época en que los medios de comunicación eran muchos más lentos y difíciles que los actuales.

El maestro tuvo una clara visión acerca de este hecho fundamental. “La única garantía formal de la enseñanza de los espíritus” —dice en *El Evangelio según el Espiritismo*— “está en la concordancia que existe entre las revelaciones dadas espontáneamente con la intervención de un gran número de médiums desconocidos los unos de los otros y en diversos países. Se concibe que no hablamos ahora de las comunicaciones relativas a intereses secundarios sino de lo que hace referencia a los principios mismos de la doctrina”. Y más abajo: “En nuestra posición, recibiendo las comunicaciones de cerca de mil centros espiritistas formales, diseminados por todas las partes del globo, estamos en el caso de ver los principios en que se establece esa concordancia...”.

“Esta comprobación universal es una garantía para la unidad futura del Espiritismo, y anulará todas las teorías contradictorias...”

“Supongamos, pues, que ciertos espíritus quieren dictar bajo cualquier título, un libro con sentido contrario... ¿qué influencia podrían tener estos escritos, si son desmentidos en todas partes por los espíritus...?”.

“Esta confirmación es la que es necesario esperar antes de presentar un principio como verdad absoluta, si no se quiere ser acusado de ligereza o de credulidad irreflexiva”.

Y aquí no podemos dejar de preguntar: ¿Se ha hecho esta comprobación fundamental por aquellos que han pretendido fundar nuevas escuelas o doctrinas espiritistas? ¿Han sometido las comunicaciones obtenidas por ellos a esa piedra de toque de la verdad revelada?

Lo que un espíritu o un grupo de espíritus enseñe, por elevados que ellos sean, debe ser considerado como una opinión particular. Solo la *concordancia universal* produce lo que llamamos Revelación Espiritual. Ya en páginas anteriores el maestro advierte:

“Se sabe que los espíritus, a consecuencia de la diferencia que existe entre sus capacidades, individualmente están lejos de poseer la verdad absoluta; que no a todos les está dado penetrar ciertos misterios; que su saber es proporcionado a su purificación, que los espíritus vulgares no saben más que los hombres, y menos que ciertos hombres; que hay entre ellos, como entre estos últimos, presumidos y sabios de falsa instrucción, que creen saber lo que no saben; sistemáticos que toman sus ideas por la verdad, y, en fin, que los espíritus de un orden más elevado, los que están completamente desmaterializados, son los únicos que se han despojado de las ideas y de las preocupaciones terrestres; pero también se sabe que los espíritus mentirosos no tienen reparo en tomar nombres supuestos para hacer aceptar sus utopías. Resulta de esto, que todo lo que está fuera de la enseñanza exclusivamente moral, las revelaciones que cada uno pueda obtener, tienen un carácter individual sin autenticidad, que deben ser consideradas como opiniones personales de tal o cual espíritu y que se cometería una imprudencia aceptándolas y promulgándolas ligeramente como verdades absolutas”.

También dijimos, al contestar la pregunta que motiva este ensayo, que la Verdad es como un sol que todo lo ilumina con sus rayos y, por lo tanto, se encuentra en todas partes. Nuestra convicción sigue siendo la misma, pero es conveniente recordar que la Verdad, en contacto con el mundo humano, se ve más o menos oscurecida por la ignorancia, el error, la superstición, la vanidad, el orgullo, la malicia y los intereses humanos. El Maestro Kardec, sacrificando su propia personalidad —sacrificio nada pequeño—, permitió que esos destellos, venidos de ámbitos extraterrestres brillaran con su propia pureza y esplendor. Esta humildad es, quizás la cualidad más valiosa de la obra kardeciana, porque ella nos ha permitido encontrar la Verdad Espiritual en el mayor grado de pureza que la falibilidad humana puede permitir. Ojalá que su ejemplo —Prudencia, Sabiduría, Humildad— hubiese inspirado a aquellos que han empezado por autotitularse maestros de la Humanidad para prohijar toda clase de errores y absurdos. En ninguna otra obra que trate de ser expresión de la Verdad Espiritual, encontramos la claridad y la pureza de la obra kardeciana.

Por esto somos kardecianos. Claridad y pureza que el Maestro logra con el sacrificio de lo que pudiera haber sido su grandeza humana. Sin embargo, su aporte personal a la obra recibida, es auténticamente valioso. Y, de acuerdo con esas mismas leyes que él investigó y consignó, al empequeñecerse ante su propia obra se engrandeció ante la posteridad.